

EL BARCO DE VAPOR



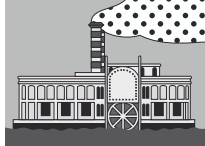
Jorge Eslava

El escritor que se equivocava

Ilustraciones de
Andrea Lértora



EL BARCO



DE VAPOR

Jorge Eslava

**El escritor que
se equibocava
& La libreta oculta**

Ilustraciones de Andrea Lértora



BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

808.0683 Eslava Calvo, Jorge Pablo, 1953-
BN El escritor que se equibocava & la libreta oculta / Jorge Eslava ;
12P ilustraciones de Andrea Lértora.-- 1a ed., 2a reimpr.-- Lima: Eds. SM,
2016 (Lima: Metrocolor).
117 p. : il. ; 19 cm.-- (El barco de vapor. Serie naranja ; 12P)

A partir de 9 años.

D.L. 2016-12541
ISBN 978-612-316-111-8

I. Cuentos infantiles peruanos - Siglo XX I. Lértora, Andrea, ilustradora
II. Título III. Serie.

BNP: 2016-625

S-15850

*El escritor que se equibocava
& La libreta oculta*

Primera edición: julio de 2014

Primera reimpresión: agosto de 2015

Segunda reimpresión: setiembre de 2016

Coordinación: Elisa Cano
Corrección de estilo: Anaís Blanco
Jefa de arte: Laura Escobedo
Diagramación: Rocel Rodríguez
Retoque digital: José Quijaite
Ilustraciones: Andrea Lértora

- del texto: Jorge Eslava, 2014
- de esta edición: Ediciones SM S. A. C.
Micaela Bastidas 195, San Isidro. Lima, Perú
Teléfono: (51 1) 614 8900
contacto@sm.com.pe
www.sm.com.pe
www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Metrocolor S. A.
Los Gorriones 350-360, La Campiña, Chorrillos, Lima
www.metrocolor.com

Tiraje: 5 000 ejemplares

ISBN: 978-612-316-111-8

Registro de Proyecto Editorial: 31501311601008

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2016-12541

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*Quiero dedicar estas páginas a la chica bonita
que me escuchó contar historias en un viaje en tren,
camino a un pueblito de la sierra,
cuando yo era más tonto todavía.
Aquella estación de tren ya no existe,
la locomotora es ahora una pieza de museo
y nosotros nos hemos convertido en abuelos,
pero el viaje continúa.*

El impulso verdadero, real, que me mueve a escribir es el placer del juego, libre y espontáneo, de la imaginación. Para mí trabajar en un libro es cada vez un nuevo viaje cuya meta no conozco, una aventura que me enfrenta con dificultades que no conocía antes, una aventura que hace surgir en mí vivencias, pensamientos, ocurrencias de las que yo nada sabía y al final de la cual me he convertido en otro distinto del que era al principio.

Michael Ende, *Carpeta de apuntes*



Uno

A él nadie lo vio llegar. Fue como una sombra larga que se desliza por debajo de la puerta, tan silenciosa y veloz que ni el gato se da cuenta.

La primera señal de su presencia ocurrió una mañana de verano, cuando un camión de mudanza se estacionó en la calle cerrada del barrio, y los niños que en esos momentos jugaban a las escondidas (algunos pegados a los muros y otros agazapados en los arbustos) salieron de sus escondrijos para ver qué traía aquel enorme camión.

Tres hombres rudos y en biverí se encargaron de bajar sobre sus hombros unas grandes cajas de cartón, tan aparatosas y pesadas que parecían casas de san bernardo con el perro dormido adentro.

—Uf... ¡cómo pesan estos trastos! —exclamó uno de los hombres, mientras trasladaba una inmensa caja a la pequeña casita que se acababa de vender en el barrio.

Aunque ninguno de los niños dio por terminado el juego, todos comprendieron que ahora había algo mejor que hacer. Así que rodearon el camión, algunos hasta se sentaron en la vereda y se dedicaron a observar el nuevo paisaje.

Los hombres rudos iban y venían sin prestarles mayor atención; con toda la carga que tenían por delante, no estaban ahí para perder tiempo. Muy de vez en cuando se detenían, sacaban un pañuelo arrugado y se lo pasaban por el rostro y el cuello. Refunfuñaban un poco y enseguida continuaban su tarea.

Al comienzo, los niños se admiraron de la fortaleza de los hombres y de la cara de pocos amigos que llevaban. Tenían hombros anchos, brazos como de superhéroes. Pero también unas panzas enormes. Una que otra palabrota de ellos hacía que los niños se miraran y soltaran risitas entre sus dedos.

Poco después, el interés de los niños giró hacia el contenido de las cajas, porque todas eran iguales y parecían pesar lo mismo. Uno de los chicos

preguntó, pero los hombres no contestaron, como si fueran sordos y mudos.

Otro chico se paró delante de uno de los hombres:

—¿Qué hay adentro de las cajas? —preguntó.

—Mmmm..., muertos —contestó el hombre y abrió los ojos más de la cuenta.

El chico, sin querer, también estiró mucho los párpados y volteó a mirar a sus amigos: “¡Muertos!”, repitió. Y todos pusieron los ojos redondos y saltones como pescados.

El chico que había hecho la pregunta regresó al grupo y no volvió a abrir la boca. No pensó en ningún momento que podía tratarse de una broma, sino más bien que había hecho mal en preguntar, y que ahora él y sus amigos no podrían dormir durante toda la noche.

Los hombres continuaron en su faena de lo más indiferentes.

—Un científico loco... —dijo uno de los niños.

—¿Qué tiene? —preguntó otro.

—Nada —dijo el primero—. Es que creo que va a venir a vivir ahí un científico loco.

—¿Y por eso necesita los cadáveres?

—Claro, pues. Para sus experimentos —repuso el primero con aires de saberlo todo.

Y se quedaron en silencio, algo pálidos y desencajados. Ya no fijaban sus miradas en los brazos ni en las caras avinagradas de aquellos hombres, sino que miraban concentrados las cajas. Con tal intensidad como si tuvieran rayos X y fueran a atravesarlas.

En esa profunda operación estaban, cuando, al cabo de un buen rato, uno de los hombres le dijo a uno de sus compañeros:

—¡Nunca he cargado tantos libros juntos!

Fue como una descarga eléctrica para los niños.

—¡Tampoco yo! —exclamó el otro—. ¡Vaya que es aburrido!

“Son libros”, pensaron los niños y sintieron que sus almas volvían a sus cuerpos.

—¡Más aburrido que chupar un clavo!
—gritó el tercero desde el fondo, con un vozarrón que sacudió las ventanas del barrio—. ¡Siempre lo mismo, lo mismo, lo mismo!

“¡Qué zonzo soy!”, pasó por la cabeza de cada niño. Después pasaron otros pensamientos algo atrevidos: “¡Cómo se me ocurrió que podían ser cadáveres!” o “Hubiera sido sensacional que fueran muertos vivientes”. Y pronto todos sonrieron aliviados mientras fueron recuperando el color de sus mejillas.

En tanto los hombres siguieron gruñendo:

—¡Prefiero subir refrigeradoras por las escaleras!

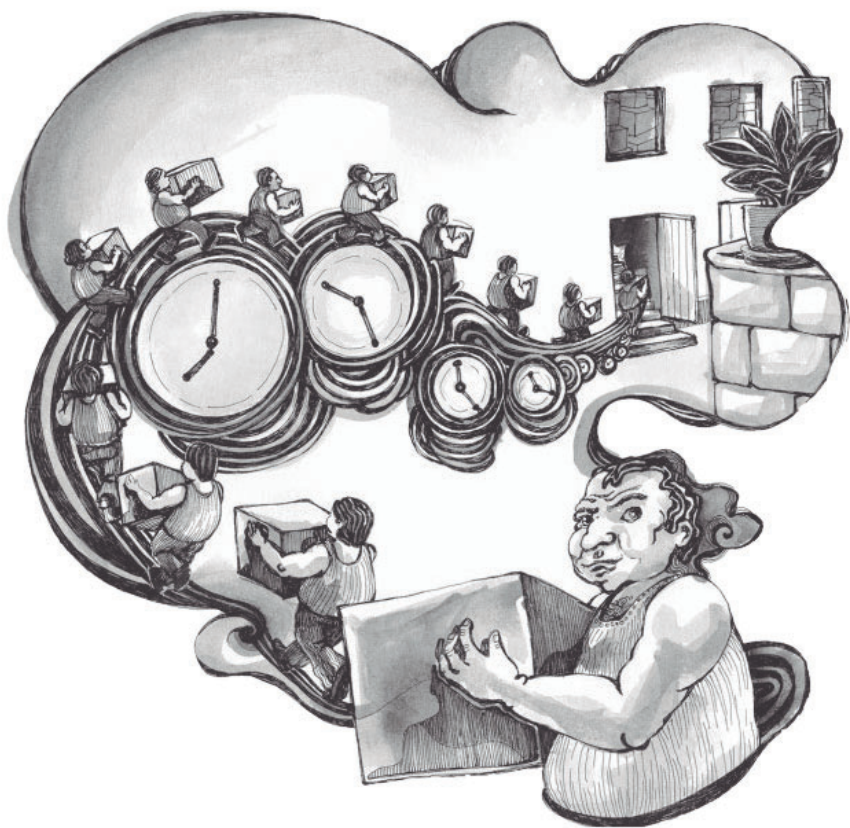
—¡Y yo, antiguos roperos de tres cuerpos!

—¡O un elefante de circo!

Chacotearon sin ganas y, como era mediodía, decidieron hacer un alto en su labor. Uno de ellos trajo unas bolsas de la cabina del camión y repartió entre sus compañeros los recipientes que estaban en ellas. Los destaparon y se pusieron a almorzar.

A estas alturas, los niños del barrio se habían hastiado de ver solo cajas y más cajas. Y, encima, se había perdido el misterio al saber qué contenían. Tampoco tenía ninguna emoción ver almorzar a aquellos hombres hambrientos, así que volvieron a su juego de las escondidas hasta que las mamás empezaron a asomarse a las puertas:

—¡Al-mor-za-arrrrrrrrrr!





12P



Jorge Eslava

El escritor
que se equivocava

Un nuevo vecino ha llegado a habitar la casita del segundo piso. ¡Qué curiosidad! ¿Quién será? ¿Qué costumbres traerá? Salvo una mudanza de incontables cajas, ninguna pregunta logra ser resuelta.

Este misterioso vecino no deja huella ni rastro de su presencia. ¿Será un científico loco? ¿Un monstruo? ¿Un criador de hámsteres?

Los primeros indicios de su presencia fueron una luz, una silueta larga con sombrero y, durante horas, un constante traqueteo... tac, tac, tac...

Jorge Eslava estudió Sociología y Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y, después, cursos de posgrado en Madrid y Lisboa. Es magister y doctor en Literatura, se dedica a la docencia universitaria y al periodismo cultural. Durante casi cuatro décadas ha sido profesor. Ha publicado libros de poesía y narrativa, periodismo y ensayo.

Obtuvo el Primer Premio Copé de Poesía en 1982. Ha escrito numerosos libros para niños y jóvenes, por los que ha recibido, entre otros reconocimientos, el Premio Internacional IBBY de Literatura Infantil.

Es uno de los más reconocidos autores peruanos de la literatura infantil y juvenil. Actualmente, se desempeña como profesor e investigador de la Universidad de Lima. Sus últimos trabajos están centrados en la formación de los docentes escolares.

A PARTIR DE 9 AÑOS

1 5 8 6 0 6 ISBN: 978-612-316-111-8



9 786123 161118

Hecho en el Perú